

La plaza

Julio. La plaza estaba vacía. Gastón se quitó la mochila y la apoyó sobre el banco más próximo, resoplando. Dentro de dos horas caería el sol. Estaba demasiado cansado como para seguir caminando, y no tenía dinero para tomarse el autobús a casa. Le quedaban aún quince cuadras de caminata.

Injurió y se frotó las manos para sobrellevar el frío. Era la segunda vez que le iba mal en el parcial de teoría literaria, y dudaba que pudiera hacer algo al respecto; había estudiado todo lo que se podía y como mejor podía. Quedarse sin boletos no había estado en sus planes, y mucho menos que le sucediera el día en que se percató de que era imposible pasar un parcial tan exigente.

El frío se le estaba haciendo insoportable, por lo que resolvió reanudar la marcha antes de que oscureciera demasiado. En ese instante, resignado, pudo apreciar realmente la hermosura de aquella pequeña plaza. Franqueada por árboles, casas vistosas y prácticamente sin rastro de basura, con los jugueteos de las ramas en la penumbra y la luz moribunda pero pasional de un ocaso rojo, el tiempo parecía haberse muerto allí. Le impresionó que el estrés de la facultad haya sido capaz de repelerle tan brutal imagen, estando en la ciudad.

Debió sentarse otra vez, un poco avergonzado de haberla ignorado antes, pero en seguida volvió a ponerse de pie para examinarla mejor en un giro de trescientos sesenta grados. La paz era casi total.

Finalmente se colgó la mochila, pensando que tres minutos de su tiempo lo habían reconfortado de los meses que pasaba enfrascado entre los libros. Lo esperanzó y le pareció sencillamente maravilloso. Sintiéndose liviano, abandonó la plaza.

Las calles estaban todas sumidas en la siesta de la tarde. El firmamento, destiñéndose su rojo y abrazando de a poco los celestes y violetas, se cernía sobre su cabeza y le reconfortaba el espíritu. Y nuevamente le asaltó la imagen de Carmela. Había algo en ella que el resto de los jóvenes en la facultad no tenía, pero no sabía bien qué era. Frunció un poco el ceño y se humedeció los labios, y permaneció en esa actitud hasta que llegó a su casa.

-¿Ma? ¡Llegué!

No hubo respuesta. Alegre de que no hubiera nadie en casa, se dejó caer sobre el sillón sosteniendo la mochila entre sus brazos como si fuera un niño pequeño. El parcial todavía le daba vueltas en la cabeza, pero ya no lo afligía. Era un total alivio.

Dos horas después de terminar un trabajo para el día siguiente, se fue a su cuarto a relajarse un poco con una buena siesta, que no había tenido la oportunidad de tomar hacía mucho.

La cama lo sedujo gradualmente hasta que entró en las primeras fases del sueño. A pesar del cansancio, estaba un poco inquieto. Pensó en que quería llamar a Carmela a estudiar con ella, que tenía facilidad para todas esas cosas, pero prefirió decírselo al otro día en clases. Al cabo de dos minutos ya estaba profundamente dormido.

Al día siguiente la facultad no estaba tan concurrida, o al menos esa sensación fue la que tuvo. Se sentó y observó la clase a su alrededor. Todos aprovechaban para hablar lo más que podían. Entró el profesor, uno de los más serios de todos, y comenzó a dar la clase. El tiempo se pasaba más lento de lo deseado. Gastón pensaba en que a la hora siguiente tendría teoría

literaria de nuevo, y automáticamente surgía la petición de estudio a Carmela. Deseaba acercarse más a ella, había algo en su forma de ser, tenía un no sé qué que no sabía cómo describir. A veces le daba la sensación de que pedía ayuda, y eso lo impulsaba el triple.

El carraspeo cansino del profesor le indicó que ya era la hora. Se incorporó un poco y tamborileó el banco con los nudillos, hasta que apareció ella de otro curso, taciturna, como absorta. Sin embargo, siempre presentaba una mirada atenta, una mirada gentil pero triste, agridulce.

-¿Qué hacés? –sonrió ella, saludándolo-. Ayer estabas como conmocionado.

-Sí, un poco –una sensación vertiginosa le indicó a Gastón que le animaba mucho poder sacar a primera instancia la invitación-. Me fue mal en el parcial.

Ella se sorprendió un poco, pero se repuso.

-Sí, es que era bastante complicado. No te daba mucho el tiempo. Pero no te preocupes, si querés estudiamos juntos.

-Sí, obvio, como te venga mejor –respondió él, esbozando una sonrisa-. ¿Lunes, a las cuatro? Si querés vamos a mi casa.

-Dale, después pasame tu dirección.

Y se fue a su asiento. El resto de la clase Gastón soñó despierto e intentaba ocultar la sonrisa nerviosa que se le dibujaba repentinamente. Llegó la hora de salida y se dispuso a guardar todas las cosas. Se acercaba la noche cuando avistó a Carmela tomarse el autobús más cercano, que le servía a él también. Quiso seguirla, pero algo le dijo que era preferible ahora darle su espacio. Después de todo, ya había obtenido el objetivo del día prácticamente sin hacer nada.

-¿Vos querés con Carmela? –se asombró Matías, con quien mejor se llevaba de la facultad, del otro lado del teléfono-. Me dejaste frío, en serio.

-¿Por?

-No sé, no encaja con las anteriores. Igual... yo qué sé, no me parece para nada fea.

-Tiene algo.

-Sí, tiene algo.

-Calculo yo que tengo chance.

-¿Y decís que el lunes se te da?

-No sé, por ahora quiero hacerme más amigo, pero tampoco demasiado. No tengo idea siquiera de si tiene novio.

-No, no está con nadie –repuso su amigo escuetamente-. Si no me equivoco es de esas solteronas, de esas medias inestables. Capaz que es una histérica y nadie la aguantará mucho.

-Tiene pinta de ser complicada, pero... no sé, me llama mucho la atención –Gastón se rascó la barba y continuó jugando con un pequeño lápiz.

-Bueno, entonces, mucha suerte. Me voy, que tengo que arreglar unos apuntes que son un desastre.

Gastón cortó el teléfono y la cabeza se le llenó de pensamientos. Era verdad, parecía media cerrada, como si tuviera un gran defecto oculto muy adentro y apenas lograra acercarse a ella lo suficiente, le explotaría en la cara. Pero esto sólo lo atraía más; estaba convencido de que ese misterio era un llamado de ayuda, de contención. Estaba seguro de que Carmela sólo necesitaba eso, y que él era el destinado a dárselo.

En ese momento sonó su celular. Era ella, pidiéndole la dirección. Gastón suspiró sin ánimos, arrugando el entrecejo, pero se sentía muy bien. Sabía reconocer esa energía que alteraba los sentidos perfectamente, la había tenido otras veces. Sólo esperaba que esta vez funcionara.

El sábado casi todos los que cursaban primero salieron a un boliche cercano. Gastón fue, fue con varios amigos y en la entrada se encontró con ella, que fumaba con dos amigas contra un pequeño muro. Estaba linda, pero se veía más apagada que durante las clases. La saludó y ella se mostró un poco extraña, como evadida, pero siempre con su infaltable sonrisa. Luego la perdió de vista. Había sido una gran salida, hacía mucho que no salían todos juntos. Si formaban un grupo más unido, se verían todos más seguidos; en conclusión, la vería con gran frecuencia, con confianza. Y eso realizaba más sus ansias de conocerla mejor.

Cerca de las cinco comenzó a irse la muchedumbre. Unos alegres, otros sudando alcohol, otros simplemente cansados. Gastón, que ya estaba afuera con los demás, sintió risas conocidas y se volvió. Estaba demasiado oscuro como para verlas bien, pero estaba seguro de que eran Carmela y las dos amigas. Le tocó el brazo a Matías disimuladamente y la señaló, en el preciso momento en que ella se arqueaba para vomitar.

-Qué patético –murmuró su amigo, estirando un costado de los labios.

-Sí... -dijo él, y calló.

Esa noche esa imagen deplorable continuó acosándolo hasta que el sueño lo venció, apenas puso medio cuerpo en la cama. Pero amaneció preocupado por si había llegado bien a su casa, tratando de pensar en positivo. Eran mujeres ya bastante grandes, sabían cuidarse solas. No había motivo para alarmarse ni entrometerse. Sin embargo, emborracharse hasta vomitar se consideraba una costumbre de los quince años. Tenían casi veinte. A lo mejor no tomaban hacía mucho y se excedieron sin quererlo, pero, de todos modos...

Y otra vez volvía la imagen, las risas, la degradación. Se sentía decepcionado y a la vez muy confundido: cada vez se apoyaba más en la teoría de que le sucedía algo, de que pedía ayuda a gritos. Anduvo ceñudo el resto del fin de semana, y el lunes se despertó nuevamente pensativo. Carmela no había ido a clases.

-No seas salame, mirá si le va a pasar algo.

-No sé, le mandé un mensaje por si viene hoy de tarde pero no contestó. Y no pienso llamarla, voy caerle espeso.

-A ver –Matías lo miró fijo, con hartazgo-. Las dos amigas vinieron hoy y estaban peor. No seas traumatado.

El comentario lo calmó un poco.

-Sí, tenés razón. Perdoná.

-Te estás obsesionando demasiado, cuidado con esa chiquilina porque vas a terminar dándote contra la pared.

Gastón asintió y respiró hondo. Se sentía extremadamente estúpido. La literatura se le estaba subiendo a la cabeza, quizás. Pero hizo caso omiso a tantos pensamientos hasta que el celular le vibró.

-Carmela –dijo como para sí.

El mensaje era corto y claro: “Sí, voy. Tengo tu dirección”. El rostro se le ensombreció: no había respondido a la pregunta implícita: “¿Venís hoy? Porque como faltaste...”.

Pasaban las horas, y Gastón pensó en esa tarde con ella unas diez veces. No había mucho para estudiar, lo cual era bueno. Tendrían mucho tiempo para charlar, conocerse. Pero le asustaba demasiado el hecho de no encontrar lo que buscaba, o mismo ser rechazado. Después de todo, él no era ninguna divinidad que digamos.

Carmela llegó puntual, con el pelo trenzado y los mejores vaqueros que Gastón vio en su vida. Cuando la saludó notó que presentaba unas ojeras inexistentes hacía unos días. Pero no le prestó atención, porque realmente no quería hacerlo.

-Qué linda casa –sonrió ella-. ¿Tenés hermanos?

-Sí, una hermana –repuso él-. Pero es de otro matrimonio y bastante mayor que yo.

La joven asintió sin quitar la sonrisa y se sentaron juntos en la mesa. Gastón le prestó mucha atención a los gestos, a esos ojos verdes y tristes, pero intensos, a cada matiz en su color de pelo y al contraste de éste con el de las cejas. Todo esto, mientras ella hablaba y explicaba y agitaba las manos con soltura, más interesada en explicarlo de forma elaborada e inteligente que en que él entendiera. Pero Gastón entendía todo perfectamente, mas no quiso interrumpir su discurso. En silencio, continuó observándola embelesado.

-Yo creo que al profesor le gusta más que lo desarrolles y trates de observar más cosas de las que él ya dijo, a que simplemente copies todo como un taquígrafo –dijo ella, al cabo de una hora.

-Sí, debe ser eso –concordó Gastón-. ¿Así que soy un taquígrafo? Mirá vos.

Carmela se rió y bajó un poco los párpados con natural sensualidad:

-Bueno, es una opinión.

-No me digas –sonrió él. Respondía positivamente. Era un buen comienzo.

Continuaron con el estudio por dos horas más hasta que Carmela le informó que debía irse, pero que podían juntarse otro día a estudiar otras materias. Esto llenó de dicha el pecho de Gastón como si le hubieran inyectado una gran dosis de adrenalina.

-Nos vemos –se despidió ella, sosteniendo los libros entre los brazos. Él cerró la puerta y se dejó caer en el sillón, sintiéndose puro, renovado. Tenía la sensación de que la cosa iba por buen camino.

Carmela y Gastón continuaron estudiando juntos, los dos solos, reuniéndose cada lunes y jueves en la casa de él y aprovechando la última media hora para charlar, durante varias semanas. Alguna que otra vez Gastón le había robado un beso, pero ella continuaba actuando como si nada de eso hubiera pasado. El único que estaba enterado era Matías, en quien Gastón no había dudado en confiar. Las cosas siguieron inciertas hasta la llegada de agosto, que les trajo una semana cargada de estudio y, por si fuera poco, un calor infernal que, a pesar de todo, extrañaba todo el mundo.

A las cuatro, como siempre, llegó ella, de remera y un saco de algodón.

-¿No tenés calor? –se asombró él, al tiempo que la invitaba a entrar.

Carmela respondió que no apresuradamente, y en seguida enterraron la cabeza entre los libros.

Gastón leía un tema aburridísimo, extenuado por el calor, cuando ella lo interrumpió de improviso con un insulto.

-El calor me está matando, te juro –refunfuñó, agarrándose la cabeza con las manos. Él se la quedó mirando, y se puso blanco de improviso.

-¿Qué pasa? –inquirió ella, arqueando una ceja.

Gastón tenía un nudo en la garganta. Sintió el golpeteo de su corazón contra el pecho. Las magas del saco se habían bajado y, como serpientes, subían hasta las muñecas de Carmela los ríos rojos de tajos por cicatrizar, quemaduras, y grandes moretones violáceos.

Apenas se percató de que había sido descubierta, la joven cruzó los brazos bajo el busto con fuerza, con los ojos vidriosos. El clima se podía cortar con tijera. Gastón abrió la boca, pero no pudo articular palabra. Se le ensanchó el pecho.

-T-tenés...

Carmela trató con todas sus fuerzas de ocultar las lágrimas, pero se le escapaban prófugas de los ojos. De inmediato, Gastón se puso de pie y la abrazó con toda la fuerza que fue capaz. La desgraciada temblaba como un niño asustado.

-¿Qué te pasó, Carmela? ¿Quién te hizo esto? –Gastón creyó que iba a desvanecerse; le temblaban las piernas, pero era incapaz de soltarla para sentarse.

El llanto se volvió un gemido prolongado, interrumpido por hipos y sollozos, que luego volvía a empezar con grandes convulsiones. Gastón vio, horrorizado, marcas que afloraban cerca de su nuca, que seguían hasta los hombros, y no quería ni pensar hasta dónde más.

-Dios... -una ira lacerante le corrió a Gastón por las venas-. ¿Quién fue? ¿Quién?

Ella era incapaz de hablar. Temblaba cada vez más fuerte, las manos le pegaban levemente contra la mesa.

-Por favor, decime... ¡Decime!

-¡Dejame! –gritó la joven con premura, y se tapó la cara con las manos. Gastón se quedó varado allí, estupefacto, tragando la situación. Era por eso que faltaba a clases, que llevaba una mirada perdida algunos días de forma más intensa que otros, que tenía ojeras cada vez más grandes, era por eso que se veía tan afligida el día del boliche, y que evitaba terminantemente salir con los brazos descubiertos.

Se le nubló la vista. Boquiabierto, se sentó como en trance en una silla frente a ella.

-¿Por qué no me dijiste nada? –murmuró, con la voz enronquecida.

Entonces Carmela levantó la vista; los ojos rojos, la garganta seca, los labios trémulos. Parecía cien años más vieja y al mismo tiempo una niña inocente. El rostro le brillaba de tantas lágrimas.

-¿Hace cuánto? –insistió Gastón desesperadamente.

Ella cerró los ojos y se pasó una mano por la cara.

-Hace... no sé, desde los quince, quizás un poco menos.

El muchacho no supo qué decir. Sentía cómo se le helaba la sangre. Insultó unas cuatro veces, acrecentando los llantos de Carmela.

-¿Quién fue? Carmela, te lo suplico, decime quién fue.

Pero Carmela negaba una y otra vez mientras se le multiplicaban silenciosas lágrimas.

-Por favor, decime...

La joven se abrazó las rodillas y escondió la cara en ellas.

-Por favor...

-No, ¡no puedo! –replicó, pegando un puñetazo a la mesa-. Me va... me va... -y se le ahogó la voz en un llanto angustiados-... No se puede frenarlo, no puedo hacerlo entrar en razón... perdoname, yo te quiero mucho...

-Vení –dijo Gastón en un hilo de voz, atrayéndola a sí-. Va a estar todo bien, yo estoy acá y te voy a ayudar, te lo prometo...

-¡Perdón...! –exclamó ella, enterrando el rostro en su pecho-... ¡Yo no te quería meter en esta porquería!

-Carmela...

-Paso las noches en vela y estudio para poder dormir, no me logro distraer con nada, y vos... y vos no te dabas cuenta y no sé si es peor ahora que lo sabés y yo... por favor, no me dejes sola...

-No, ¿cómo haría eso? No tengas miedo, no me voy a ningún lado, no me voy...

-Por favor... -interrumpió ella-... no le digas a nadie... Dios, qué vergüenza...

Gastón la observó fijamente, le secó las lágrimas, y la besó con ternura.

-Yo me quedo –afirmó-, y te protejo, pero el que te está haciendo esto se va.

Carmela empezó a negar al instante con la cabeza una y otra vez, más nerviosa a cada instante.

-Carmela, lo siento pero ya es tarde, ahora no puedo salir de tu vida como si nada, pero tampoco me puedo quedar mirando cómo te lastiman sin hacer nada al respecto cuando en realidad sí puedo.

-Es mi padre del que estás hablando, Gastón –susurró la joven entre sollozos-. Y no sé si soportaría echarlo de su propia casa, no sé...

Cundió el silencio durante varios minutos. A Gastón le fue casi imposible sacar las palabras de sus labios:

-¿Él te tocó?

Ella negó en silencio, sin poder levantar la vista, avergonzada.

-Es alcohólico, y violento... -explicó-. Mamá se divorció antes de que empezara todo, nos fuimos con ella, pero murió hace ya unos años y volvimos con él, y estaba peor que nunca –hizo una pausa para respirar hondo-. Mi hermano y yo hacemos lo que podemos para que no salga de casa, pero cuando mi hermano se va a trabajar por varias horas mi padre saca las botellas escondidas, y... -la voz volvió a hundírsele en un gemido, y dejó de hablar. No necesitaba aclarar nada.

Gastón sentía como si se le hubiera caído la casa sobre la cabeza. Todo le daba vueltas.

-Vení, dame un abrazo –dijo al fin, luego de echarle una ojeada al reloj de la sala. Ella se puso de pie con esfuerzo y se refugió en sus brazos. Le habló en murmullos al oído durante diez minutos, frotándole la espalda con una mano.

Cuando se repuso un poco, Gastón le besó la cabeza y dijo:

-Quiero mostrarte algo. ¿Me acompañás?

Desorientada, Carmela se enjugó los ojos y lo siguió, tomada de su mano. Estaba tibia. Sintió que el corazón se le salía de la garganta de la emoción.

-¿Adónde vamos? –inquirió.

-Shhh... -susurró él-. Si te digo, no es una sorpresa.

Ella respiró hondo, con el pecho aún comprimido, y siguió caminando sin hacer más preguntas, con el sol abrazándole la espalda. Despuntaba el crepúsculo.

Luego de cruzar unas quince calles, Gastón le tapó los ojos irritados de lágrimas y le dio un nuevo beso, con el cual ella respondió temblando.

-¿Confiás en mí? –dijo él, sin sacar las manos.

La joven esbozó una triste sonrisa como respuesta.

Sin decir más, Gastón tiró de su brazo y la hizo cruzar a ciegas, guiada por él, por una última calle. Carmela tuvo la vertiginosa sensación de que todo era aire puro a su alrededor y que no tenía de dónde agarrarse si tropezaba.

-¿Estás lista?

-Eso creo.

-Abrí los ojos –dijo Gastón con suavidad, quitando las manos.

Todo era brisa tibia del norte, árboles, bancos, sombras que danzaban en el pasto, y un firmamento anaranjado sobre sus cabezas. La plaza, nuevamente, estaba vacía. Las pupilas de la joven se contrajeron, realizando su sorpresa.

-Nunca había venido acá a esta hora –murmuró, perpleja ante tanta belleza junta.

-Es una plaza como cualquier otra –comentó él-, pero, aunque suene cursi, durante esta hora tiene algo mágico... No sé, nunca supe describirlo. Vos también lo tenés.

Ella se volvió hacia él con los ojos grandes como platos. Gastón la tomó de las manos.

-Desde que empecé a hablar contigo me di cuenta de que hay algo en vos que nadie más en la facultad tiene. Y por más que hoy me enteré qué es lo que te deja los ojos tan tristes, no es eso lo que me enloquece tanto cuando te veo. Es algo así como un pedido de protección, cuando, sin embargo, soy conciente de que sos más fuerte que yo. Y me provoca una necesidad impresionante de ayudarte, Carmela, y de ayudar a tu padre. Nadie se lo va a llevar a la cárcel porque si sale todo bien no será necesario –los ojos de Carmela brillaban más hermosos que mil estrellas juntas-. Tu padre está enfermo, y hay un lugar que se encarga de eso. Me comprometo a sacarte de acá, te doy mi palabra de honor.

Si uno se detenía frente a la plaza, podía ver a una muchacha temblando, llorando, cargando una emoción mayor al mundo entero. Y Gastón, simplemente, la abrazaba con los ojos llenos de lágrimas.

Octubre. Gastón sale de su casa, se guarda las llaves en su mochila de siempre, y camina sosegadamente hasta atravesar la plaza. Cuando llega, se sienta unos segundos, respira hondo y reanuda la marcha hasta una casa grande cerca de la rambla. Toca la puerta, y abre un joven unos tres años mayor que él. Se abrazan, y entra. Carmela está dormida sobre el sofá, abrazada al control remoto.

-¿La despierto? –pregunta el joven a Gastón.

-No, dejala que está cansada –dice él afablemente. Acto seguido se acerca quedamente hasta el sofá, le da un beso en la frente, la tapa con una frazada y se vuelve otra vez hacia el joven.

-Me voy, Seba, pero avisale a Carme que tu padre llega hoy temprano del trabajo. Me lo encontré frente a la facultad y dice que no quiere perderse la cena.

Vuelven a saludarse con un abrazo estrecho, Sebastián repite su franco "Gracias por todo", y Gastón, despidiéndose con una sonrisa, rehace el camino a casa. Claro que, antes, pasa por la plaza.

María Josefina Insua Fernández
4.972.235-0
4 de diciembre de 1993
San Marino 1486
Instituto La Mennais
josefa_insua@hotmail.com